

presencia. Yo estoy aquí y estoy viendo una serie de objetos y de personas. Los objetos y personas están presentes a mí, los veo, y yo estoy presente a ellos, me ven. Todo está presente a Dios, porque Dios lo ve todo, lo entiende todo, nada se le oculta. Dios está presente por *potencia*. Yo estoy presente por potencia en lo que puedo ordenar y mandar. Dios lo dispone todo y lo manda todo y gobierna todo.

Dios está en mi alma por esencia; realmente presente, infinito, todo. Dios está en mi alma por presencia; me está viendo, me está enseñando, está presenciando cuanto hago. Dios está en mi alma por potencia; me está dando el poder y la actividad, me da el entender y querer. Dios está presente en todos los seres, desde el átomo más pequeño y la bacteria más primitiva hasta las inmensidades de los astros; Dios está presente, infinito, siempre obrando su vida en la infinita actividad y felicidad, como es, en todo lo creado y estará en todo cuanto haya de crear. ¡Dios está dando el ser actual a todo y en todo está presente!

71. Además, quiere el Señor estar en mi alma por amor de predilección, como está en las almas que están en la gracia y se han ofrecido a su amor. Cuando el alma es delicada y primorosamente fiel al ofrecimiento y su ansia es ser toda de Dios, es cuando Dios hace su gran obra en el alma. Esta

obra no es darla y conservarla el ser, no es la creación material del dilatado universo, es obra sobre manera más alta y magnífica, es la santificación del alma, es la transformación del alma en amor divino y como la divinización del alma por la unión que hace entre El mismo y el alma. Esta obra incomprendible la hace Dios y sólo puede hacerla Dios con la cooperación del alma. Esta obra quiere hacer Dios en mi alma y me ha llamado para hacerla. Depende de mí, de mi decisión, de mi entrega perfecta. ¡Qué grandeza y qué gozo da, Dios mío, con sólo pensarlo! ¡Con sólo poner el pensamiento en tanta bondad vuestra parece se llena mi espíritu de hermosura, de luz de lo indecible de vuestra perfección y felicidad! ¡Dios desea unir mi alma con El en unión de amor! ¡El Infinito uniéndose a mi nada y levantando mi nada para unirme a El! ¡Yo, nada, participando de la luz, de la hermosura de la vida de Dios! ¡Y depende de mí, de mi decisión y de mis virtudes! ¿Cuándo se realizará esta vuestra misericordia? ¿Cuándo moriré yo a mi amor propio?

Si Dios está presente por esencia, presencia y potencia a mi alma, está dentro, dentro, en lo íntimo de mis pensamientos y de mis afectos, obrando su obra. ¡Bendita el alma que se entrega! ¡Qué maravillas no obraría Dios en mi alma si me entregase! Ya me dice San Juan de la Cruz: ¿Quién le impide a Dios obrar sus maravillas en el

alma totalmente anonada y aniquilada, que se ha puesto en sus manos? Y porque se ha puesto en sus manos y se ha vaciado de sí y de todas las criaturas, Dios obra la maravilla de la unión de amor con El, que sólo Dios puede hacer y sólo Dios conoce; porque es tan íntima y secreta que ni el alma que la recibe la conoce; lo verá después en el cielo.

Si yo estuviera unido a Dios en amor, mis pensamientos, mis afectos y mis obras estarían animados de ese amor unitivo, tendrían fragancia de Dios. «*Ya toda me entregué y di*», decía Santa Teresa, y por lo mismo podía decir: Dios me ama, soy amada de Dios, Dios me ha escogido y hecho suya. Dios me ha llenado de su amor y de su vida. Dios me llevará a su gloria, o se me dará a Sí mismo. Porque la gloria de Dios es la posesión de Dios o Dios mismo; porque la posesión de Dios es la visión de la esencia de Dios. Esa es también la vida eterna.

Aquí en la tierra tengo realmente a Dios, pero está escondido, oscurecido, por no poder verle. Cuando se abra mi entendimiento con la luz de la gloria, le veré ya en su esencia, le veré glorioso, le veré en dicha y gloria inefable y llenará mi alma de esa misma dicha y gloria. Entonces se saturarán todas mis potencias y sentidos y todo mi ser y cantaré feliz las alabanzas al Señor. Dios me está comunicando ahora su vida, y me pone la vida inte-

rior, la vida de amor y de ofrecimiento; me da la vida eterna, que es conocer a Dios y a Jesucristo, su enviado. La vida eterna y gloriosa es mi fin.

72. ¿Cuál será el gozo del alma que se ve en Dios? Cuando digo Dios, anuncio la más grande maravilla; ninguna obra tiene comparación con ésta. Si me diera perfecta cuenta de la realidad que digo cuando repito: *estoy ofrecido a Dios, estoy consagrado a Dios*, saltaría de emoción y gozo. Yo estoy ofrecido a Dios infinito; pero si estoy ofrecido y le amo, Dios se hace mío y es mío y para mí; está dentro de mí poniéndome su vida. Cada uno habla de lo que siente y desea y pregunta por el que busca. El alma que vive a Dios, que desea y busca a Dios, tiene su amor intenso, y el amor no puede estar callado, el amor es comunicativo y sale fuera como la llama; esa tal alma habla de Dios, del ansia de Dios, de la hermosura de Dios, y quiere que sólo de esto le hablen. ¡Qué difícil me es hablar de Dios! ¡Qué difícil me es sostener una conversación de Vos! ¡Qué pobremente habla eso en mi favor! Si yo te amara, Dios mío, si mi corazón palpitara al impulso de tu amor, si mi inclinación e imaginación tendieran hacia Ti, gustaría hablar de Ti, saldría de mis labios el amor y ansia de mi corazón, como salen las flores de la savia del rosal, como sale la fragancia de las flores; me gozaría en decir: «*Dios está en mí; Dios*

es mi vida.» Saldría Dios en mis palabras y en mis obras como se manifiesta la vida en el organismo y en el campo.

Lo vivía y se gozaba un alma cuando, estando enferma, decía a los que la visitaban: «*Hábleme de Dios, hábleme de Dios. ¿Qué se me da a mí de todo lo demás. Hábleme de Dios, mi único Amado.*» Santa Teresa, como estaba llena de Dios, me dice, nunca se cansaba de la soledad ni de hablar de Dios. Pero añade, lamentándose: No encontraba con quién hablar de Dios. Aun las almas consagradas a Dios parece encontramos pesado hablar y tener conversaciones de Dios. Dios mío, pero si lo he dejado todo por Vos y estoy apartado de todo para estar ofrecido a Vos, ¿de qué debo hablar sino de Vos? Cierto que lo más grande es hablar de Dios, pero también es cierto que es difícil hablar de Dios. Quizá lo sea porque nuestras conversaciones son de narrar y enumerar cosas y hechos y en la conversación de Dios todo está dicho y encerrado en esa palabra: ¡Dios es el infinito en luz, el infinito en amor, el infinito en hermosura! ¿Cómo es esa luz y ese amor y hermosura? No sé decir más por mi gran pobreza y por su Suma Grandeza.

Dios es sobre todo sueño y sobre todo pensamiento. Dios es sobre todo entender. El entender de las inteligencias más altas y de las mismas jerarquías angélicas es como oscuridad y nada. Del

entender de esas inteligencias altísimas al entender de Dios hay distancia infinita. Pero del entender que tienen esas inteligencias sobre las cosas al entender que tienen de Dios, el entender de las cosas es como fealdad y amargura. Lo que entienden de Dios y lo que entienden de lo infinito que les falta entender de Dios les llena de dicha y felicidad y en Dios entienden todas las cosas. Dios da un entender sobre todo entender al alma sencilla que le ama y la comunica ciencia de cielo.

Veré a Dios en el cielo. ¡Veré a Dios! ¡Qué delicadamente discurría San Agustín sobre Dios! Me enseña: *En Dios veré todas las cosas. El sabio no conocerá más de Dios porque es sabio, ni el erudito porque es erudito, sino porque amó más, y en Dios veré y conoceré según fue mi amor. Y conoceré los misterios de la creación no según mi talento e instrucción, sino según son mi visión de Dios, y seré feliz y dichoso no porque conozca mucho de la creación, sino porque conoceré a Dios criador de todas las cosas y en Dios todas las cosas.*

Veré a Dios; participaré de la vida y goce de Dios. Esa es mi dicha; ésta es ahora mi esperanza. Y estoy viviendo en ese Dios que veré y será mi dicha.

Quiero cerrar los ojos de mi cuerpo y mirarme lleno de Dios. Dios infinito, criador mío; Dios, amor, dicha y felicidad de los ángeles y bienaventurados; Dios omnipotente, Padre mío, que estás

en mí, lléname de Ti; que nunca aparte yo mi mirada de Ti. Llena continuamente mi corazón para que esté siempre atento a Ti. Mírame con amor para que te mire continuamente. Soy de Dios y para Dios. Que tu mirada transformadora me limpie y una a Ti. ¡Bendito seas, pues me llamaste y me pones a tu lado junto a Ti! Hazme llama tuya para que siempre arda en tu amor y en amor se deshaga esta mi vida hasta que llegue a la llama de amor del cielo.

en un momento de... que desde ahora yo me in-
 tando de... en consecuencia en consecuencia para
 que este siempre sea a... con que
 para que te mere... de Dios y
 para Dios. Que la... me han-
 que a... que me llamas y
 me pones a... que me llamas
 para que siempre... en amor
 de... que me llamas y la
 de... de...

SEXTA LECTURA - MEDITACION

SOY OBRA DE DIOS, CRIADO PARA EL CIELO

73. Por experiencia veo que lo más grande y hermoso y lo que más levanta el espíritu es pensar y hablar de Dios. Parece que la inteligencia se agranda y se ennoblecen los deseos y otra atmósfera más diáfana y agradable me envuelve. Pensar y hablar de Dios levanta el espíritu, pone ensueño de belleza y concentra en la voluntad energía para llevar a efecto las decisiones tomadas y los deseos de entregarse a la vida espiritual y hacer la voluntad de Dios.

Mi fe me enseña que vivo en Dios. Quiero vivir para Dios. Quiero ser de Dios.

Existo y estoy en este mundo. Me doy cuenta de que soy una realidad. Vivo; no puedo dudar de mi vida actual en la tierra con los demás hombres. Pienso, sueño, me ilusiono, me desaliento con fre-

cuencia. ¿Qué hago yo en la tierra? ¿Me he dado a mí mismo esta existencia y esta realidad que tengo? ¿Cómo y quién me ha formado? Muchos padres no quieren tener hijos; los tienen contra su voluntad. ¿Quién me ha dado esta alma que piensa, que sueña, que se ilusiona, que da vida, fuerza y hermosura a mi cuerpo?

Veo que muy pocos quieren morir y que todos quieren tener vida regalada. ¿Por qué muy pocos la tienen y nadie es feliz? ¿Desaparece el hombre cuando quiere y del modo que quiere? No me puedo fijar a mí mismo el término de mi vida. Se deja la vida sin el consentimiento propio; no la damos, nos la quitan. ¿Para qué estamos este breve tiempo sobre la tierra? ¿En qué terminan mis afanes y mis anhelos? ¿Quién me ha comunicado la idea de Dios, de lo infinito, del cielo, de la eternidad, de la dicha? ¿De dónde vengo y a dónde voy?

Estas preguntas son reales, brotan de mi propia naturaleza y deseo saber la conveniente y acertada respuesta, y es el mismo Dios quien me da la solución cierta y determinante a mi duda y a mi deseo por la fe. Es respuesta llena de luz de paz; es respuesta de esperanza y de santa ilusión.

No me he hecho yo a mí mismo. Soy obra de Dios para alabanza de Dios y para felicidad mía. Dios me ha criado y me ha puesto de paso en este mundo. Dios me ha dado un alma inmortal y quie-

re darme la inmortalidad gloriosa del cielo. Dios ha grabado en mi esencia su noción de infinito y me ha dado el deseo del cielo.

Veo que todos los seres que conozco siguen las leyes de la naturaleza y todos los animales obran según el instinto que tienen. Pero Dios es el autor de las leyes de la naturaleza y Dios es quien dio el instinto a los animales. No piensan las aguas cuando suaves o violentas siguen la pendiente o van por el cauce; ni medita el cordero cuando emprende sus saltos y carreras, ni el pájaro cuando canta y vuela de rama en rama. Obran por instinto y por instinto procuran la conservación de su vida. Los que se llaman sabios de la física o de la química sólo estudian para llegar a conocer las leyes de la naturaleza y utilizarlas. Pero Dios es el que dio el instinto a los animales y puso las leyes y las fuerzas en la naturaleza. Nada se mueve ni alienta sin la mano de Dios, que lo dirige todo al fin que El ha señalado.

Yo tampoco me he hecho a mí mismo, ni me he dado las cualidades que tengo, ni me he señalado mi fin. Soy, Señor y Dios omnipotente, obra de tus manos y sé que me has criado para el cielo, para el amor eterno, para la dicha y felicidad del cielo. Tú mismo, Dios amabilísimo, me has revelado y pusiste en mi inteligencia que Tú eres mi fin eterno; que el cielo soñado y la gloria feliz eres Tú, y entraré en la felicidad de la gloria cuando

te vea directamente y te posea a Ti. Tú serás mi cielo y mi dicha; en Ti lo sabré todo y lo amaré todo y me gozaré de todo.

74. Pero Dios me ha dado libertad; puedo querer o no querer; puedo aceptar o rechazar; puedo ir por el camino o salirme del camino; pero si me salgo del camino nunca llegaré a mi término y a mi fin. Está en mi voluntad escoger y obrar. Dios ha tenido la liberalidad de poner en la voluntad de cada uno que consiga tanto cielo cuanto quiera. El hombre en la tierra sólo puede tener un conocimiento vago, impreciso, difuso, una como sombra de conocimiento de una atmósfera, de un horizonte de sobrenatural, de luz, de belleza, de grandeza, de felicidad de cielo, muy superior a cuanto se puede comprender; más suave, delicado y encantador que cuanto los ojos pueden ver o los demás sentidos percibir; que cuanto puede la imaginación soñar o el corazón sentir; pero sé que la realidad será sin comparación superior a todo humano conocimiento y a todas las cosas criadas, porque es participación del mismo Dios. Y Dios me dice a mí y dice a todos: «Puedes conseguir de todo esto cuanto tú quieras. De esta belleza que supera tu conocer, de esta luz que tú no puedes comprender, de esta magnificencia y delicia superior a cuanto puedes soñar, te daré cuanto tú quieras, cuanto sea el amor con que me amas, cuanto

sea el desprendimiento que de las cosas de la tierra tengas, cuanto sean las virtudes que practiques. Todo lo pongo a tu disposición y según tu capacidad. Despégate de tu amor propio y de las cosas; vuela hacia Mí y escóndete en Mí. En Mí verás la inmensidad que te queda por ver y que te espera.»

El tiempo que estemos en esta tierra es como un momento de momento comparado con la eternidad. El salmo nos recuerda que *mil años delante del Señor son como el día de ayer que ya pasó*, por el gozo y delicia inefables, por la saturación de dicha producida por el amor y el conocimiento que se tiene en Dios. Todo es como instantáneo.

Aun aquí en la tierra, cuando estamos esperando o se nos hace una cosa pesada, experimentamos se alargan los segundos y nunca se acaban. En cambio, si estamos en algo placentero y gustoso, que nos satisface y encanta, se pasa el tiempo sin darse cuenta y todo parece brevísimo. En la tierra estoy en el lugar de la prueba, estoy haciendo méritos con mis trabajos, voy de paso hacia lo eterno. Me parecen largos estos cuatro días que aquí vivo. Pero cuando se miran desde arriba, ya en la vejez—que yo vivo—, parece se juntan la niñez y la vejez y toda la vida ha sido una breve carrera, que ya se termina. Me acerco al fin, a lo eterno.

Dios me ha dado un cuerpo pasible, sujeto a tantas enfermedades, a tantas dolencias y sufri-

mientos como le aquejan. Y este cuerpo busca las comodidades y regalos, quiere vivir la alegría de la vida en las delicias, agrados y bienestar, porque ha sido criado también para ser feliz; quiere vivir todo lo agradable de la tierra; pero con todo ello no puede ser feliz aquí, lo será cuando entre en la vida del cielo. Aquí está en el tiempo de la siembra. El alma fiel siembra en el sacrificio, en la privación, en el sufrimiento, en el holocausto, sabiendo por la fe que recogerá premio de gozo y dicha en el cielo en proporción de la siembra de obras buenas que hizo viviendo en la tierra. Imprescindiblemente tiene que sobreponerse al desorden de los apetitos. Dadme, Dios mío, que sacuda con fortaleza mis inclinaciones a disfrutar de las cosas de la tierra y me levante, ayudado de tu gracia, a amar las espirituales, y te lo ofrezca todo a Ti, en agradecimiento y holocausto, y viva en acto de amor a Ti.

Recoge, alma mía, todo esto, obra de tu Creador, y ofréceselo a Dios. Ofrécele tu cuerpo con todas las actividades; ofrécele tus realidades y tus ilusiones, tus alegrías y tus sufrimientos, tus fervores y tus tentaciones, tus afectos y tus sequedades; ofrécete toda a Dios. Usa de cuanto Dios ha puesto en tus manos para la gloria y agrado del mismo Dios. Vive en todo para Dios y en todo estarás comprando vida eterna y cielo eterno; en todo acumularás tesoros y riquezas inefables, y be-

berás a raudales sabiduría y amor que nunca pasarán y eternamente estarás gozando en el mismo Dios. Para este fin, para tanta grandeza te ha creado Dios, aun cuando ahora no lo veas y te parezca estar sembrando en vacío. Para este fin te has entregado al Señor y estás recogida con El, amándole.

75. Puedo y debo recoger todo lo bueno que entre por mis sentidos para admirar más a Dios, amarle más y hacer su voluntad con mayor fidelidad.

Mientras vivo sobre la tierra, no puedo dejarme arrastrar de mis caprichos ni de mis ansias terrenas o de los sentidos. Estoy desordenado y tiendo hacia el desorden. Tengo que violentarme y sobreponerme a las naturales inclinaciones de mi cuerpo; tengo que vencerme para no dejarme arrastrar de lo que halaga mis sentidos, mi vanidad o mi avaricia y esforzarme para ir por los caminos de luz de cielo y de belleza de eternidad y por la atmósfera de la bondad y de la verdad. Debo aspirar a la hermosura de Dios y a llenarme de los tesoros inapreciables del amor de Dios. Esto será mi gozo y mi delicia y mi dicha. Seáis Vos, Dios mío, la atmósfera en que yo respire y viva vida sobrenatural y eterna.

No es la tierra ni mi fin ni mi morada para siempre. Dios me ha puesto aquí de paso para el

cielo y para adquirir méritos y riquezas para el cielo. Mi principal misión en la tierra es amar a Dios y hacer su voluntad viviendo la virtud.

La obra más grande y más noble del hombre es conocer a Dios para amarle, para hacer en todo su voluntad, para determinarse a practicar más perfectamente la virtud. La virtud es el tesoro para el cielo y es la que hace crecer en el alma el amor de Dios. La verdad del amor a Dios es la práctica de la virtud. Ejercitando la virtud me prepararé para la felicidad del cielo. El galardón del cielo es en proporción del amor que se haya tenido y adquirido en la tierra. La intensidad de la felicidad será según haya sido aquí mi entrega a Dios.

El Señor nos ha revelado esta verdad, que satisface plenamente a la razón. Movidas por la palabra de Dios y confiadas en ella, tantísimas almas han renunciado cuanto tenían, han huido de las diversiones y vanidades como San Antonio, han sometido su voluntad a la obediencia y se han consagrado a Dios en el recogimiento más grande, para vivir en el amor más perfecto, esperando en el Señor. Han renunciado a su propia voluntad para hacer más perfectamente la voluntad de Dios, ya que su voluntad es hacer la de Dios, y la hacen seguras en la obediencia.

El sacrificio y la mortificación están contra las naturales inclinaciones de nuestro cuerpo, que aspira al gusto y al regalo, pero lo han abrazado para

imitar a Jesús, que vivió pobre y murió en la cruz, y para vivir su doctrina, y estar en inmolación, y ser holocausto a Dios, como Jesús y con Jesús.

Así ha habido y continúa habiendo tantas almas tan santas, tan llenas de amor de Dios, tan unidas en amor con el mismo Dios. Dios las une consigo mismo. Dios las hace ángeles en la tierra. Estos ángeles humanos, limpios como los ángeles de el cielo, siempre en presencia de Dios y atentos a hacer su voluntad, como los ángeles, son la alabanza a Dios y la expiación de los pecados de los hombres que se rebelan contra Dios y le desobedecen. Estas almas-ángeles son la complacencia de Dios y atraen a la tierra su misericordia y su amor.

76. Yo me recojo y aparto del mundo y esas almas se han recogido en el silencio y soledad, no para estar solas, sino para estar unidas unas con otras y vivir con Dios a solas en amor íntimo. Yo me recojo y aparto del mundo y de lo mundano, no para estar yo solo y vivir yo solo. La vida de uno solo es por demás triste y pesada. Yo he venido para estar en la compañía de Dios, ofrecido a Dios, viviendo el amor y la vida de Dios. Dios está conmigo. Me da su vida y su amor. No hay ni es posible haya compañía como la compañía de Dios, como no hay ni es posible haya amor y vida como el amor y la vida de Dios. Estoy con Dios a solas y estoy amándole y ofrecido a Dios. Pero tú eres,

Dios mío, el cielo y la sabiduría, y la hermosura y el amor infinito. Tú eres la dicha y felicidad perfecta. Tú estás conmigo y en mí. Yo estoy contigo y en Ti. Estamos en mutuo amor. Yo me ofrezco a Dios y Dios se me da a mí. Es mutua donación como es mutuo amor.

Mas Dios se comunica conmigo y se me da en escondido y a ocultas. Dios tiene que llenarme todo y de hecho me llena como de hecho toma posesión de mí, pero no pueden verle mis ojos, no está al alcance de mis sentidos, porque es espíritu. Dios no se me manifiesta sensiblemente como desea mi alma.

Si yo viera con los ojos del cuerpo a Dios en su gloria, si al menos sintiera mi alma algo de la infinita suavidad de Dios y viera con mi entendimiento claramente cómo va hermozeando y enriqueciendo mi alma con los tesoros de su gracia y de su amor, me moriría de tan inefable gozo. Dejaría todas las cosas terrenas y me olvidaría de todo para estar solamente atento a su hermosura infinita. ¿Qué tiene que ver la hermosura del cuerpo ni la variedad y encanto de la tierra con la espiritual hermosura y encanto del alma?

77. Pero ni yo veo, viviendo en la tierra, mi alma, ni mis sentidos pueden sentir a Dios, ni mi alma puede verle hasta que sea iluminada con la luz de la gloria. Dios está infinitamente sobre

cuanto se puede soñar y pensar y toda la hermosura no puede ni remotísimamente compararse con la suya. Dios, que es la sabiduría y la alteza, y la suavidad y todo bien y delicia, está oculto a mi mirada; mis ojos no pueden verlo ahora. ¡Qué será, Dios mío, cuando tu incomprensible hermosura se presente ante mi alma y te comprenda y te posea!

Y, sin embargo, Dios está presente actualmente en mí. Espero, confío, sé por la fe, que un día, el siguiente de mi muerte, Dios se me ha de manifestar y he de ver y poseer a Dios con toda su infinita grandeza, con toda su glorificación, cuanto pueda mi capacidad poseerle. Sé que un día, el día de la eternidad, Dios me saturará y embriagará en sus inefables y altísimos goces, llenándome de felicidad. Sé que un día cantaré en gloria las grandezas y misericordias de Dios, según haya sido mi cántico de amor y de virtudes en esta vida de la tierra.

Ahora estoy consagrado a Dios. Sé que Dios está en mí; yo he venido a estar con El y en El. Sé que está todo, infinito, en mi alma, en lo íntimo de mi alma; sé que está viendo mis deseos y recibiendo mis afectos y mis obras; sé que El mismo impulsa mis deseos para que cada día me esmere en cumplir mis determinaciones y le ame más; pero no se me manifiesta, ni aun se me hace sensible, sino que está oculto, viéndome y amándome

y dándome la vida. Llegará el día en que rompa los velos que le ocultan y se me presentará con una magnificencia y glorificación infinitas, como yo no puedo soñar. Y me presentará todos los actos de amor que realicé y me mostrará todas las virtudes que por El practiqué.

Dios mío, qué contento embarga mi alma al solo pensar que te estoy ofrecido y vivo para Ti, que te tengo y estás oculto en mí, que me recojo y me comunico Contigo escondido, pero infinito, dentro de mí mismo, en mis mismos pensamientos y afectos, en lo íntimo de mi ser, en mi esencia, como en todos mis miembros. Dios mío, eres mi vida y me das el ser y eres para mí. Que yo sea todo para Ti.

Porque no quiero ser mío; me he ofrecido para ser tuyo, para darme cuenta de que estoy en Ti y soy para Ti y quiero que mi pensamiento y mis afectos sean para Ti y de Ti y tengas la misericordia de tomarme y hacerme tuyo.

78. No por ello va a desaparecer mi personalidad; antes esta personalidad que Dios me ha dado se perfeccionará y será levantada al orden sobrenatural y colmada de perfecciones que ahora no tengo. Dios pondrá en mí un entender más alto y más claro y gozaré de una libertad más consciente y menos sujeta y gozaré de ponerla toda en

tus manos y a tu servicio, y me llenarás de tu luz y de tu delicia.

Tú mismo, Dios mío, en amor inexplicable, recogerás mi personalidad para divinizarla y sobrenaturalizarla, para poner ya imborrable en mí tu imagen viva, para llenarme de tu luz haciéndome participante de tu misma vida y gloria. Cuanto ahora puedo soñar es como pura oscuridad ante aquella altísima realidad que me tienes preparada. Y toda esa infinita sabiduría, todo el infinito poder y amor de Dios está en mí escondido, pero real.

Me he recogido, me he apartado del mundo y busco el silencio y la soledad, porque quiero ser todo de Dios y para Dios y porque aun en la tierra quiero ser la alabanza a Dios con mis plegarias y con mis sacrificios, y ser la expiación con Jesús y como me enseñó Jesús.

El alma verdaderamente espiritual y el alma consagrada en la vida religiosa que se ha comprometido a ser muy espiritual, se ha ofrecido y consagrado al amor de Dios libremente, pero determinadamente. Consagrarse a vivir el amor de Dios y estar ofrecida como víctima de amor a Dios, no es nada agradable a los sentidos; es, sin embargo, la más grande obra que puede el alma vivir, y la más agradable al Señor; es determinarse a vivir lo más hermoso y santo de la vida interior; es vivir a

Dios, procurar llenarse de Dios y dejarse llenar de Dios.

Pero los sentidos no perciben la grandeza ni el gozo de esa vida, aunque quisieran sentir siquiera algunos de sus maravillosos efectos en gozo. Dios ha puesto un muy tupido velo entre los sentidos y la vida interior y no permite, sino muy raras veces, que pasen los rayos de luz de la vida interior hasta iluminar los sentidos.

Si yo soy alma espiritual, si vivo fielmente mi consagración a Dios, consciente y actualmente estoy ofrecido como víctima de expiación a Dios por las ofensas de los hombres, y de agradecimiento y alabanza a su misericordia y bondad como Jesús y en su compañía. He acudido al misericordioso llamamiento de Dios para amarle, para suplicarle por la salvación de todas las almas, para pedirle mi propia salvación y santificación y para ser su alabanza. ¡Dios mío, si lo lograra con perfección!... Enséñame y concédemelo.

Si voluntariamente y por amor abracé la vida de alabanza y de expiación y me ofrecí para ser víctima agradable al Señor, tengo que ofrecer mis sentidos y mis miembros al dolor y a la cruz, como Jesús; cuanto más perfectamente viva este ofrecimiento, más se desarrollará e intensificará la vida interior de amor en mi alma, pero menos llegará a mis sentidos la claridad y hermosura de esta vida.

Tengo que vivir en esperanza y sostenido por la fe que da la confianza en el Señor.

79. He escogido, iluminado con vuestro llamamiento, estar, Dios mío, con Vos. Os he venido a buscar, guiado por la luz de tu misericordia y bondad. Pero sé que sois una luz y una hermosura soberana y una suavidad y bondad infinita, que supera a cuanto puede soñar la fantasía más fecunda o entender la inteligencia más penetrante. Sé, Dios mío, que nada hay comparable a Ti. Sé que la inmensidad y la riqueza y variedad de la creación entera es como nada delante de Ti. Sé que no sólo la pobre inteligencia del hombre no puede tener noción adecuada de Ti, pero ni aun la altísima de los serafines y querubines hasta que les comunicas la luz de tu gloria y, levantados con esa luz, nunca pudieron comprenderte totalmente, y con esa luz siempre verán que hay inmensamente más que ver en Ti. Eres, Dios mío, sobre todo y creador de todo y nunca mi inteligencia ni inteligencia alguna criada puede llegar a soñar tu infinita grandeza ni la infinita bondad y hermosura que la hace feliz.

Tú eres lo que a mí interesa, lo que yo busco y lo que he venido a vivir. Estoy consagrado y recogido para vivir la vida de gracia. Como la gracia es participación de Dios, estoy consagrado para vivir la vida de Dios, de las perfecciones de Dios

realmente, aun cuando todavía ocultamente. Estoy aquí para ser todo de Dios, para tratar con Dios y hacer su voluntad, y para prepararme a que por medio de la gracia y del amor Dios transforme mi alma y me una en amor con El.

Si Dios me ha criado para lo infinito, nada fuera de Dios podrá llenarme. Si Dios es mi fin, hasta que esté unido a El estoy en destierro y la tristeza predominará en mi alma. Dame, Dios mío, tu amor y úneme a Ti hasta que llegue el día de la unión definitiva, ya en la felicidad del cielo.

He escogido y prometido vivir con Dios y en Dios. Estoy al servicio de Dios. Sé que Dios está conmigo y le llevo dentro de mí, pero aún está oculto en mí. La fe me enseña que Dios está aquí, dentro de mí, amándome; que Dios quiere llamarme. Esta es la grandeza de la vida religiosa; ésta es la hermosura del alma consagrada: Dios me llena, Dios está en mis pensamientos y en mis afectos. Dios, infinito, se me ofrece y se hace mío y para mí. Mi alma se dilata y se goza considerándolo.

80. Porque, ¿qué es este Dios infinito? Miro a la tierra con sus maravillas y bellezas tan variadas y a cuál más encantadora; los sabios me enseñan los secretos de los elementos y las leyes de sus fuerzas tan sorprendentes. Levanto mi vista al mundo de los astros y veo su concierto y su nú-

mero, que excede todo número, y leo en los libros sus grandezas y velocidades vertiginosas, y me lleno de asombro. Oigo a todos que me dicen con voz callada, pero íntima: *Dios nos ha hecho. Somos obra de Dios.* Pero toda esa incomprensible y maravillosa inmensidad es nada comparada con Dios, porque Dios es infinito. ¿Qué será Dios?

Me asombran las maravillas que realizan los hombres en la tierra con los inventos tan prodigiosos que han hecho estudiando las leyes de la naturaleza, como la radio, la televisión, la dirección de los satélites artificiales dirigidos por los espacios siderales, las diversas aplicaciones del átomo y lo que descubrirán en lo futuro. Con aparatos aptos, en todas partes puedo oír lo que se habla en el mundo y las músicas más agradables y dulces, y puedo ver cuanto se realiza en los distintos lugares de la tierra. ¿Qué será ver lo infinito de Dios y su presencia y mirada en mí y en todas las cosas?

Cuánto gozan los niños y nos deleitamos también los mayores viendo los juegos malabáricos que nos hacen los ilusionistas; nos parece hacen lo imposible; sacan objetos que no existían, vemos lo que no hay y entra por nuestros ojos lo que parece imposible, y sabemos no es verdad, sino ilusión, y, sin embargo, nos deleita esa ficción. ¿Qué será ver la verdad de Dios? ¿Cuánto no nos deleitará conocer ya y ver en Sí mismo a Dios omnipotente, creando y hermoheando el mundo y glorificando

las almas? Dios es infinito, infinito. Dios es el infinito poder, y la bondad infinita, y la infinita hermosura y la infinita sabiduría. Ya no es ilusión de mi imaginación ni de mis ojos que se dejan engañar por la fantasía ante la habilidad de otro hombre. Ya no es lo que me dicen los hombres de ciencia de las maravillas de la tierra o de los astros. Es Dios infinito; soy yo, que veo y me gozo con gozo superior a cuanto puedo desear que Dios es infinito, que Dios es incomprendible, que Dios será la dicha eterna de los bienaventurados y lo será de mi alma. ¡Y ese Dios infinito está en mí todo! ¡Ese Dios infinito no sólo me ve, sino que me penetra, me empapa, ve y mide mis pensamientos y mis afectos y ve mis sentimientos! ¡Y a ese Dios infinito, todo amor, hermosura, poder y sabiduría, me he ofrecido y consagrado yo! Es mío, se hace mío, estoy con El y en El y me comunica su vida. ¿Qué serás en Ti mismo, oh Señor? ¿Cuándo te veré y me gozaré en Ti?

81. Cuanto más avanza la ciencia y el conocimiento de los hombres, más inmenso y maravilloso se nos presenta el universo. ¡Cuán inmenso y admirable es el mundo que se presenta ante mis ojos! ¡Y todo es como nada y sombra de nada comparado con Dios!

Al hablar los hombres especializados en esta ciencia dicen que la inmensidad del universo tiene

miles de millones de años de luz, y cada época que pasa aumentan los años de luz. Se pierde mi entendimiento pensando la distancia enorme de nueve billones de kilómetros recorrida por la luz en un año, y a esto llaman año de luz. La astronomía descubre cada época nuevos y más grandes astros, nuevas constelaciones y nuevas galaxias; cada vez conoce nuevas y más sorprendentes maravillas, y formula más atrevidas hipótesis, que los astrónomos tienen que ir superando, conociendo que es aún nada lo que conocemos del universo y de sus propiedades. Y toda esa grandeza y todas esas maravillas puede el Señor reducirlas a la nada en un abrir y cerrar de ojos. Y no pienso yo ninguna exageración cuando, cerrando mis ojos, pienso que Dios podía estar creando cada instante no una nueva tierra semejante a ésta, sino un universo nuevo como este que tanto asombra al hombre, o que no se pareciera en nada a éste, y podía estar creándolo siempre, eternamente, sin que jamás se agotara, porque Dios es infinito, porque Dios es omnipotente.

De lo infinito no podemos formar idea; pensando en lo infinito se desvanece la inteligencia y se ve que ante El todo es nada y sombra de nada. ¡Dios es el sin límites en toda perfección y en toda hermosura y en todo bien!

Y este Dios infinito y omnipotente, este Dios todo hermosura y todo bien, es el que está en

mí y se me da y se quiere hacer mío. Este Dios todo hermosura y bien es a quien yo me he consagrado y ofrecido; es al que yo he venido a alabar, servir y vivir. Dios mío infinito, que me dais vuestro amor infinito, estáis escondido en mí, dentro de mí, en lo íntimo mío, y yo estoy en Vos, sumergido en Vos. Ahora estáis en mí y yo en Vos, pero tenéis oculta vuestra gloria y vuestra magnificencia, aun cuando es vuestra realidad. Un día me descorreréis los velos, fortaleceréis mis potencias y os manifestaréis a mí. En ese día os veré en vuestra esencia; veré directamente vuestra grandeza, vuestra gloria, vuestra magnificencia; veré ya en gozo sin hartura vuestra dicha y felicidad y vuestra gloria. La visión real de vuestra esencia y de vuestras infinitas perfecciones llenará, saturará mi alma y todo mi ser de dicha; para siempre me hará feliz; todo lo veré y conoceré en Vos.

Alma mía, a ese Dios infinito, que ha de ser eternamente tu felicidad, es a quien has venido a buscar, a quien te has consagrado; con El estás viviendo y participando de su misma vida. El está en ti llenándote de sus misericordias, llenando tus pensamientos, poniendo santidad en tus afectos y deseos. Dios mío, recoge estos mis pensamientos y afectos, únemelos a Ti, házmelos tuyos, transformándomelos y divinizándomelos con tu amor. Así viviré la santidad viviéndote a Ti en tu amor.

Y Dios recoge y transforma en Sí al alma fiel y la diviniza.

82. Esta es la grande y maravillosa obra de Dios en el hombre. Dios quiere obrar la transformación de amor en todas las almas. Dios quiere como divinizar las almas antes de llevarlas al cielo y llenarlas de su gloria. Y transforma y diviniza al alma fiel.

Si estoy ofrecido y soy fiel a mi ofrecimiento, Dios está conmigo y en mí por amor unitivo, y Dios es el infinito, el infinito y sin límites en toda perfección y en todo bien. Y quiere obrar en mí su obra de amor por excelencia.

No es la grandeza de un hombre, no es magia fascinadora de la vanidad social o la presunción de los hombres lo que está conmigo y obra en mí. Todo eso es una momentánea pompa de jabón que al instante se deshace y no queda nada. Es la realidad infinita y amorosísima de Dios lo que está en mí y se me da. Es Dios, el Creador de todo, el Santificador de las almas y de los ángeles, el Glorificador de los bienaventurados, con quien estoy y se hace mío. Es la realidad de Dios y mi Redentor lo que se me da y me llena de su misericordia. Dios mismo me recibe, me embellece con su gracia, me transforma en su amor. Es Dios soberano, quien me prepara, me labra, me ilumina y diviniza. A Ti, oh Señor, me he ofrecido y me ofrezco;

a Ti deseo amar con todo mi amor. Tu voluntad quiero yo realizar en todas las cosas y en todos los detalles con la mayor delicadeza y primor; contigo trato y miro tu presencia con el más reverente y confiado acatamiento.

Sé que al hacer yo tu voluntad santísima, Tú unes tu voluntad con la mía, te haces mío, me llenas de tu amor. Por esta ruindad de mi nada, que te ofrezco, pues no soy más; por este pobrísimo y tornadizo amor y este mi inútil deseo, te me das Tú y te pones en mi alma infinito, perfecto y real, y quieres recoger esta mi alma con abrazo de amor infinito para levantarla, para iluminarla, para transformarla y hacerla semejante no sólo a los ángeles del cielo, sino a Ti mismo, divinizándola.

¡Qué magnificencias y delicadísimas altezas me enseña la verdad de la fe! Dios está aquí oculto, escondido en mí. Dios ha puesto en mí una realidad de vida sobrenatural escondida. La vida sobrenatural que será mi gloria después para siempre.

83. Cuando mi alma se aparte de este mi cuerpo, hasta el día que se vuelva junto a él, el día de la resurrección de los muertos, no llevaré conmigo bienes de tierra, no me acompañarán ni las alabanzas ni las sonrisas de los hombres. Sólo llevaré el tesoro de las obras que haya realizado; iré vestido ante Dios con el vestido de amor sobrenatural, que mis virtudes me hayan tejido. Dios sólo es

quien me tiene que dar la recompensa prometida y la recompensa suprema es la posesión y visión de El mismo y de todas las cosas en El, en proporción de mis virtudes. Entonces no será ya el Dios escondido ni la vida sobrenatural oculta, aunque dentro de mí mismo. Entonces romperá el velo, que ahora me impide ver, perfeccionará mi inteligencia para poder verle y se manifestará en la infinita luz, en la infinita grandeza, en la infinita hermosura. Entonces ya con la visión de Dios y en la verdad gloriosa de Dios veré que ante esta divina realidad todo cuanto soñaba y ansiaba era nada y humo de nada, porque *no cabe en el corazón del hombre lo que Dios le tiene preparado*. Y en esta realidad infinita de Dios, aún no gloriosa, pero sí realidad, como enseña la fe, vivo ahora; a esta realidad infinita estoy consagrado; he dejado todas las cosas del mundo y el trato social para emplearme todo en el amor de esta hermosura y quiero que Dios sea mi vida y mi trato.

Espero que este mismo Dios infinito será mi altísima recompensa en dicha y en gloria que no tendrá fin. Entonces conoceré a Dios y todas las cosas en Dios; entonces amaré a Dios y todas las cosas en Dios; porque El me comunicará su sabiduría infinita, tanta cuanto sea la capacidad de recibir que yo haya hecho aquí con mi amor. Entonces me saturará de su vida infinita, de su vida de gloria y de su felicidad cuanto yo haya hecho ca-

pacidad de recibir. Con ellas se comunicará Dios a mis potencias todas y me las saturará de su hermosura, de su luz, de su poder y perfecciones divinas, llenándome de gloria. Y de la redundancia de esta gloria participará también mi cuerpo en todos sus sentidos, sin sentir ya dolor ni tristeza ni necesidad alguna, según haya sido mi fidelidad y la verdad de mi entrega.

84. Dios será mi eterno galardón, Dios será mi eterna dicha. Mi grandeza y la grandeza del hombre aun en esta tierra será por esta razón estar entregado a Dios, ser de Dios, tener puesto el corazón en Dios y vivir y tratar con Dios y a Dios.

La dicha, la gloria, la felicidad sobre toda exaltación y comprensión humana será ver a Dios en su esencia, conocer a Dios directamente en Sí mismo, participar de la sabiduría y vida de Dios, vivir en la hermosura de Dios con los ángeles en perpetua bienaventuranza, muy superior a cuanto podemos soñar. En la visión y gozo de Dios veré y me gozaré en el trato con los bienaventurados, recibiendo nueva dicha con su dicha. Dios siempre estará en el ininterrumpido presente, llenándome a mí, llenando a todos los glorificados en el cielo de sus infinitas perfecciones, de su infinita dicha; estará saturando mi alma, mis potencias y sentidos, en felicidad y gozo, en tal manera que no podrá haber más alegría ni más gozo; todo mi ser y el de

todos los bienaventurados estará empapado en la delicadísima suavidad y bondad de Dios.

Esta vida es la que he venido a vivir yo en el retiro y vive toda alma espiritual en principio. Porque el alma en la oración está viviendo y tratando con Dios, está participando de la vida de Dios y Dios íntimamente con su presencia y con su gracia y amor la está transformando; porque si en mi vida y en mis actos tengo amorosa presencia de Dios y se los ofrezco y los recibo de su mano, es la prueba manifiesta de que mi ofrecimiento es verdadero y actual y encontraré a Dios en todas las acciones que ejercite, donde quiera que esté, y las convertiré en oración; Dios inundará de luz y de ansias de amor mi interior; con Dios comunicaré mis pensamientos, mis deseos y mis aspiraciones, y Dios me concederá el continuo recogimiento en apacible gozo con su deleitable presencia, viendo cada vez más claro lo nada y vano de los pasatiempos y distracciones sociales y terrenas y anhelando estar a solas en íntima atención a Dios. ¿Qué puede haber en la tierra de alegría y contento que ni aun muy remotamente pueda asemejarse a ver que este Dios infinito está conmigo, que este Dios todo hermosura y bien está dentro de mí, que este Dios omnipotente y amabilísimo está poniendo en mí la vida sobrenatural de gracia y grabando en mi alma su imagen viva, hermosísima como yo no puedo comprender?

Yo en la oración estoy ejercitando este amor de Dios, estoy tratando amorosamente con Dios y Dios está poniendo en mi alma su gracia y su amor, que han de ser el raudal abundoso e inagotable de gozo y de delicia para toda la eternidad y algunas veces irradian sus destellos también ahora. Me lo da Dios mismo, presente ahora en mí.

85. Esto me muestra que lo más grande y hermoso de la tierra es la oración y que el alma de verdadera vida de oración es transformada en amor de Dios y convierte en oración y en amor todas sus acciones. El amor la enseña a ver en todo las disposiciones de Dios y las abraza como voluntad suya. En la oración aprende el alma a ofrecerse a Dios con generosidad y bondad en las prosperidades como en los contratiempos. Todo es obra de Dios y Dios mismo será su recompensa.

La Virgen, mi Madre, vivió en la tierra como vivo yo en vida pobre y humilde y recogida. La Virgen fue alma de oración y alma de amor. La Virgen vivió la vida interior y la vida de fe como ninguna otra criatura. Estuvo ofrecida y vivió con suma fidelidad su vida de amor. La Virgen aceptó amorosa todas las disposiciones del Señor, unas agradables, otras muy dolorosas y aflictivas; pero venían ordenadas o permitidas por Dios; la Virgen las recogía, las hacía suyas, las convertía en oración y transformaba en amor. La Virgen fue el

alma ofrecida a Dios y vivió el ofrecimiento con la mayor delicadeza del amor.

Jesucristo, viviendo en la tierra, fue la personificación del recogimiento y del amor. Los treinta y tres años más floridos y de mayores ilusiones de la vida del hombre los vive Jesús en el ocultamiento, en el trabajo ordinario y rudo; vive desconocido, ofrecido e inmolado todo para Dios y por la redención del hombre.

Jesucristo se ofreció en vida callada en esos años, y en vida de oración y de expiación, porque la oración perfecta es el perfecto ofrecimiento de sí mismo a Dios y al prójimo; la oración es el ejercicio del amor a Dios y al prójimo; la oración atrae del cielo el raudal de gracia y de amor que al mismo tiempo que inunda al alma que ora y la hace crecer en la vida sobrenatural, limpia las almas necesitadas de los prójimos y las redime con la expiación.

Jesucristo era el amor y a sus treinta y tres años consuma la obra perfecta del amor inmolando su vida a Dios por los hombres en la cruz y entre insultos.

¡Así murió el amor en el amor más perfecto!
¡Así pretendieron los hombres matar el amor de Dios en la tierra! Su muerte fue el resurgir de fecundo amor.

Jesucristo fue mi modelo y lo fue la Virgen. Ellos me enseñan que vivir la oración es vivir el

amor y la expiación. Vivir la oración es vivir en Dios. Sentiré fervor, hervirán en mi alma los afectos, o me encontraré seco y aburrido y bullirán en mí las tentaciones; mas si persevero en la oración, todo me ayudará a la santidad y a agradar a Dios de la misma manera, porque en la oración estoy en Dios y estoy por amor y para amarle, y Dios está en mí obrando misteriosamente su maravillosa obra de amor. El Infinito y Omnipotente está en mí transformando mi alma para la unión, grabando en mi alma la hermosura de su imagen.

El alma de oración es alma ofrecida y alma que se prepara para la unión con Dios, alma que se hace llama de Dios.

86. He visto salir un humo intenso, apretado; me dicen: es un horno de cal como los primitivos. El calero ha metido dentro piedras especiales. Ha encendido aquello con fuego intenso; la piedra se abrasa y se convierte en cal, con la cual blanqueo mi habitación. He visto un alto horno. Se meten en él piedras especiales y carbón duro y negro; se pone intensísimo fuego y las piedras se derriten y el hierro o el oro corre hecho líquido.

También el alma para ser santa tiene que meterse en el horno de la purificación, que es el mismo Dios; entra en el horno por la oración. El fuego del amor de Dios con maravillosos y variados efectos la abrasa y derrite y la deshace. Sentirá

el humo y calor de las pruebas y tentaciones, pero el fuego la derrite para transformarla no en cal blanca o en el preciado oro, sino en el amor de Dios; y el fuego y el horno en que está es el mismo Dios del cielo, el Infinito amor.

Dios está en el alma ofrecida y está transformándola y divinizándola. El alma está con Dios y en Dios recibiendo la vida sobrenatural de la gracia y del amor divino, que es el principio de la vida eterna, la realidad de Dios, pero sin los efectos gloriosos. Estos efectos en toda su gloria aparecerán en el cielo.

Este vivir la oración es vivir en Dios y dejar que Dios labre al alma. Es coger el alma fuerzas para obrar después en todas sus acciones según el querer de Dios. El amor es la preciadísima joya que llevará el alma consigo.

Ser alma de oración es ser alma de amor. Ser alma de amor es estar siempre en compañía de Dios, es ser alma de obras y de virtudes.

87. Sé que estoy con Dios. Sé que Dios está conmigo. Dios es mi vida, quiere hacerme vida suya y me la comunica por su gracia y su amor. Esta es la altísima realidad que transforma el alma y la une con Dios en amor. Para esta vida me ha llamado.

Tengo que vivir de fe, de la grandeza y hermosura de la fe. La fe aviva mi memoria para te-

ner presente esta grande verdad y esta grande realidad, que moverá todas mis obras: Dios, el Infinito, está en mí. Me he ofrecido y estoy consagrado a Dios. Dios está poniendo en mi alma vida suya, hermosura suya y bondad suya. Quiero ser en todo de Dios y para Dios. Quiero cantar alabanza a Dios con todas mis obras; quiero ser en todas mis obras amor de Dios para que Dios me haga y transforme en amor suyo.

Espero que siendo yo fiel, el infinito poder y la infinita misericordia de Dios obrarán en esta alma mía, sin que yo lo comprenda, la obra de la santificación y de la sobrenaturalización. Dios tomará posesión perfecta de mi alma y la unirá a Sí.

Cuando en las vidas de los santos leo la unión de amor que Dios estableció con sus almas, me llena de admiración y santo pavor y me hace exclamar: ¡Dios mío, Dios mío, si algún día llegaras a hacer esto con mi alma!... Y sé que Dios quiere hacerlo y depende de que yo realmente quiera y me lance a la fidelidad. Porque Dios me ha llamado y traído para que yo conviva con El, para ponerse El en el centro de mi alma, para ser El mi vida espiritual, para llenar mi alma y mis potencias y establecer conmigo la unión de amor. ¡La unión de mi alma con Dios por su infinita bondad! ¡Lo que hizo con los santos! ¡Para qué delicadezas me ha llamado!

Dios recoge el alma, la limpia y fortalece y la

une en amor consigo para que los pensamientos del alma y sus afectos y deseos sean también divinos.

No deshace Dios con esto la naturaleza del hombre. Mientras vive en la tierra siente sus flaquezas y el cuerpo es gravoso; pero el Señor da ya al alma dominio para que no la arrastren los desmanes del cuerpo, aun cuando todavía permite que sea tentada y atribulada. Pero alma unida a Dios en unión de amor queda limpia y fortalecida y tiene dominio sobre las torcidas inclinaciones y tentaciones, y llena de alegría y reconocimiento, dice: «¡Ya de verdad soy de Dios! ¡Dios ha tenido la misericordia de unirme consigo en amor y llenar de su amor mis potencias! No le ven mis ojos, no le tocan mis manos, porque es invisible y espíritu purísimo. La fe me enseña que está oculto en mí el Infinito y está amándome y santificándome. Un día correrá este velo de mi cuerpo, que me le oculta, fortalecerá mi entendimiento y veré a Dios, la grandeza de Dios, lo infinito de Dios; veré lo que yo no había podido soñar de la magnificencia y gloria infinita. Veré sobreabundantemente pagado mi ofrecimiento, mi recogimiento y mis virtudes. Eternamente ya seré feliz participando y viviendo esta gloria de Dios.»

Alma mía, ámate para conseguir bien tan grande repitiendo esta consoladora verdad: Dios ha tenido la bondad de escogerme para Sí. Yo me

he consagrado a Dios. Ya soy suyo. Dios mío, que pueda decir como los santos: Dios se ha hecho mío. Dios me ha unido a El en amor y se ha hecho mío. Haciéndose mío no sólo está en mí, se ha puesto también en mi voluntad y a mi querer. Me ha dado que sólo quiera quererle a El y lo que El quiera. Dios se ha hecho mío ahora en la tierra, es mío por amor, lo es en realidad. Llena mi alma y mis potencias. Es mío ahora el que eternamente será mío en gloria y me hará para siempre feliz con gloria inconcebible. Toma, Dios mío, mi alma y que siempre esté en tus manos para que siempre piense en Ti y a Ti solo ame, como si sólo fueras Tú para mí y yo para Ti.

SEPTIMA LECTURA - MEDITACION

EL ALMA RETIRADA VIVE SUMERGIDA EN DIOS Y LLENA DE SU AMOR

88. Tratar con Dios y recogerse para tratar con Dios es recogerse para ejercitar el amor de Dios y para estar amando a Dios y recibiendo el amor de Dios.

Estar recogido con Dios es estar recibiendo luz, hermosura, bondad, sabiduría y riqueza de cielo, pues estas perfecciones y todas las demás son efectos del amor.

Estar recogidos en Dios es ser de Dios y estar metidos en Dios.

Dios ama inmensamente más a mi alma que yo puedo amarle, aun cuando pusiera todo mi esfuerzo, y me ama con amor continuo e ininterrumpido. Mi gozo y mi provecho o adelanto en la perfección es darme cuenta de que estoy en Dios, ofrecido a

Dios y haciendo la voluntad de Dios y de que Dios está en mí. Yo tengo mi corazón puesto en El y estoy amándole y haciendo su voluntad; Dios tiene sus ojos puestos en mí y está amándome y dándome la vida e invitándome a amarle y ofreciéndome su amor. ¡Dios mío, mi alma y mi ser están en Vos! ¡Dios mío, todo lo mío para Vos! Pero veo que Vos sois mi Padre y mi Maestro y Guía y mi todo. Todo lo estoy recibiendo de Vos. Yo soy criatura vuestra, hechura vuestra, y espero terminéis en mí la obra que habéis empezado con mi creación y mi conservación; espero me santificaréis y después me glorificaréis en vuestro cielo.

Estos días y ratos que me recojo con especial cuidado con Vos son días y ratos de especial audiencia directa con Vos, en la cual os abro mi corazón y en la cual me llenáis de especiales gracias de misericordia. Vengo a confiarme y a ofrecerme a Vos; vengo a que me deis vida vuestra y amor vuestro. Sé que Vos deseáis llenarme de estos bienes.

Todas mis aspiraciones, todas mis obras y los anhelos de todos los días quiero sean para Vos desde que despierto hasta que me vuelvo a acostar; pero quiero ofrecérselo con una atención y un amor especial. Quiero estar vigilante en un amor más diligente para, por medio del amor, poseeros mejor y dejarme poseer de Vos. Alma mía, prepárate para dejarte llenar y empapar de la mi-

sericordia y bondad de Dios. El acrecentará tu fe, tu esperanza y te abracará en su divino amor.

¿Cómo os agradeceré y cómo os pagaré, Dios mío, la claridad con que en estos días me mostráis el inmenso amor con que me amáis? ¿Cómo os mostraré yo, oh Señor, el deseo y el ansia que en estos días ponéis en mí para que me ofrezca cada día con más amor y mayor perfección a Vos?

Sé, Dios mío, que siempre me amáis, pero en estos días palpo más vuestras misericordias conmigo. Deseo amaros sobre todas las cosas. Me uno para amaros al amor de vuestras jerarquías angélicas. Porque quiero que mi amor sea superior a todo lo demás y sea único y en todo encaminado hacia Vos; lo he dejado todo, me he apartado de vivir con los que más amaba y eran mi complacencia; también he renunciado a mí mismo, poniendo mi voluntad en la vuestra. Pero sé que todo es como nada comparado con el amor que Vos me tenéis.

89. ¡Soy amado de Dios! Y soy amado con amor tan grande que supera a mi entender.

Dios me ha creado y sabe lo que soy. Yo no me puedo comprender. Dios ha hecho esta maravillosa naturaleza mía y esta delicadísima y complicadísima máquina de mi organismo. Dios ha establecido esta misteriosa relación de mi alma y de mi cuerpo, y de cómo pienso y manifiesto mis pen-

samientos y afectos espirituales a través de mis sentidos corporales. Dios ha dejado esta mi naturaleza con muchas deficiencias que perfeccionará en el cielo. Dios conoce, no yo, el barro de que me ha hecho, las fragilidades que tengo, lo poco que puedo y lo impotente que soy. Es Dios mismo quien me perfeccionará. Soy obra nada más que empezada, y el amor que Dios tiene a esta obra empezada es inmenso. Con amor la terminará. Es natural que yo no pueda comprenderla ni pagar sus beneficios y su amor.

Pero ¡sé que soy amado de Dios! Sé que Dios quiere acrecentar en mí su amor y sus bondades y los aumenta según sea mi cooperación a las gracias que al presente me concede.

Si me esmero y pongo toda mi delicadeza en practicar las virtudes, si me sobrepongo a mi gusto y me vacío de mi inclinación a lo terreno y al amor propio, mi alma irá recibiendo la iluminación de Dios, se embellecerá, se irá transparentando y haciendo más nítida, más lúcida, más semejante a Dios; irá creciendo en el amor de Dios y haciéndose amor divino. Con esta luz y esta fuerza veré mejor y con mayor agradecimiento que Dios me ama con amor superior a todo otro amor de criatura. No sabré explicar este amor infinito que Dios me tiene y la enseñanza de otras verdades que la fe me enseña, pero sí sentiré que el amor

divino ha crecido en mí y quizá ha tomado posesión de mi alma y me haya unido con Dios.

Los días de retiro, como los ratos de oración con Dios, son días de luz más bella, son días de una relación y trato más íntimo y más confidencial con Dios; llenan el alma de confianza y alejan toda desconfianza. Ve el alma que, no pudiendo y siendo como nada, todo lo puede en Dios y con Dios, y con esa confianza suplica le enseñe a conocer mejor su nada para más amarla y entregarse a El y la haga hervir en mayores deseos.

90. ¡Estoy con Dios! ¡Estoy en estos días de un modo especial solo y a solas con Dios amándole, dejándome amar, amándonos mutuamente! Se ha juntado esta lucecica de cerilla de mi nada con el infinito foco del sol divino. Aun cuando fueran para mí días de sequedad y de tentación, repito la definición que sin pretenderlo daba de la oración una carmelita que padecía esas pruebas: «*Estoy dejándome amar de Dios.*» Padeciendo sequedad, desconsuelo y tentación, la llenaba Dios de su amor; también a mí me llenará si persevero en su compañía con confianza y fe.

Cuántas veces en mis horas de oración y quizá en estos días en que me quiero recoger más íntima y fervorosamente con Dios me encuentro no solamente seco y desolado, no solamente tentado y hastiado, sino también me veo como desagradecido a

Dios y me parece que hasta el mismo espíritu se me ha endurecido, y al no corresponder con fidelidad a las llamadas y a las gracias de Dios, muy justamente el Señor se aleja de mí y me abandona, y me da miedo de Dios y me amedrenta mi falta de vida espiritual y mi porvenir eterno.

Pero a Ti clamo y clamaré, Dios mío, porque Tú eres mi salvación y mi bien; Tú mi único refugio y fortaleza. En Ti confío y en tus manos pongo mi salvación y mi vida espiritual y mi santificación. Tu gracia me santificará. Con toda verdad y con toda confianza en Dios debo decir: *«Me he puesto en oración y estoy solo con Dios; estoy metido en lo íntimo de Dios. Si no siento que le amo, sí deseo amarle, me ofrezco a su amor y estoy dejándome amar de Dios; estoy recibiendo el amor que Dios pone en mi alma. Sé que la mirada amorosa de Dios está fija en mí y es mirada creadora, que comunica hermosura y santidad.»*

Con esta oración tan sencilla, pero tan oración y tan eficaz como honda, ¿cómo me atreveré a decir que no sé o no puedo hacer oración o estar en oración? No tendré la oración que yo me había figurado; pero no es la mejor oración la que yo me figuraba, sino la que Dios quiere, y lo grande en la oración y lo meritorio es ofrecerse y recibir. Si yo espero a Dios en la oración, me estoy ofreciendo y le ofrezco el tiempo. Ofrezco a Dios el no saber pensar y el no poder tener afectos, como sería mi

deseo y mi gusto. Ofrezco a Dios lo mejor que se le puede ofrecer. Porque no siempre he sido constante en este ofrecimiento, no me ha comunicado el Señor aún la oración que yo deseo.

Esperando a Dios en silencio, hasta de pensamientos y afectos, pero con perseverancia, me estoy dejando amar de Dios como Dios quiere, y Dios está poniendo su amor en mi alma, y la oración es ejercicio de amor y aumento de santidad.

Es verdad, Señor, que yo no sé hablar, ni sé discurrir, ni sé mover mis afectos; pero quiero estar y estoy delante de Ti y en Ti. Sé que estás dentro de mí y yo dentro de Ti. Quiero estar recibiendo tu mirada, que es amor. No me interesa discurrir, no me interesa sentir; me interesa amar y recibir tu amor. Porque deseo amarte estoy contigo y para Ti. Sé que me estás amando. Lo que me interesa es dejarme iluminar de tu luz, empárrame en tu amor, santificarme con la gracia que me estás comunicando. Lo que me interesa es que me unas a Ti y en cierta manera me hagas consustancial contigo por la gracia, la luz y el amor que me comunicas, aun cuando me lo comuniqués muy a oscuras de los sentidos y no perciba nada mi gusto.

¡Qué fácil oración puedo hacer dejándome amar en silencio y con cuánta santidad saldré de esta oración! ¡Qué eficaz y misteriosa será mi oración de dejarme amar de Dios y con cuánta forta-

leza y resolución para las virtudes saldré si me dejo empapar en el amor que Dios está poniendo en mi silencio, atención y ofrecimiento! Porque lo que santifica y endiosa mi alma es dejarme empapar de Dios, recibir hermosura y bondad de Dios, unirme a Dios, aun cuando sea en mucha insensibilidad, aun cuando nada trascienda a mis sentidos y estén muy cansados. Dadme perseverancia para estar delante de Vos en silencio y en humilde atención. Si persevero en esta sencillísima oración, se desarrollarán mis virtudes y será muy santa mi vida, como de alma empapada en Dios o como de alma endiosada.

91. Pienso yo y me pregunto: ¿Por qué tantas almas y por qué yo mismo nos dejaremos llevar de la tentación de tener miedo a Dios? He visto con frecuencia esta tentación y la tengo yo mismo. ¡Tener miedo a Dios!... Dios, como enemigo, es un terrible mal. El mal supremo es tener por enemigo a Dios. Pero Dios no se declara enemigo de nadie. Dios ama a todos; todo es obra suya; todo lo ha creado El y ama su obra. Quien se declara enemigo de Dios es la criatura que se rebela. El ángel caído es el rebelde. El pecador se rebela, se ha hecho enemigo de Dios. El hombre se ha enemistado con Dios, no Dios con el hombre.

Pero Dios es mi Creador y Padre bueno sobre toda bondad. Nunca un hijo bueno tiene miedo a

su Padre bueno. Es contra toda razón que el alma buena y deseosa de amar a Dios tenga miedo a Dios. Y la oración es acto y ejercicio de amor y súplica de amor. A los seres queridos y buenos no se les tiene miedo; se les ama y se pone en ellos toda confianza y se espera de ellos las complacencias provechosas. ¿Y no sois Vos, Dios mío, el ser más bueno y la bondad por esencia y la bondad infinita, o sea sin límites, y el que comunica toda la bondad que existe? ¿No sois el que por bondad me habéis criado, y me habéis llamado y me continuáis llamando para que os ame yo y para amarme Vos con tan delicado amor que unáis mi alma a Vos mismo en unión de amor? Y si no lo realizáis, no es por falta vuestra, sino por infidelidad mía.

Dios quiere dárseme y se me dará cuando yo me prepare. Dios quiere ponerse con especialísimo amor en mi alma y que esta mi alma sea trono suyo. Dios quiere tomar posesión de mí si yo quiero entregarle mi voluntad. Dios se me da, se me confía. ¿Cómo es posible que os tenga miedo, Dios mío? Quiero poner toda mi confianza en Vos y por eso me entrego a Vos, y en vuestra misericordia pongo mi salvación y mi santificación y mi vida y salud y todo cuanto Vos queréis que sea.

Dios mío, sois mi Dios, sois mi Padre, sois mi Criador, sois el que me está dando todo cuanto soy y me lo proporcionáis todo. Queréis ser mi

cielo, mi Dios glorificador, mi Dios glorioso en el cielo para hacerme participante de vuestra misma gloria, de vuestra misma hermosura, de vuestra misma vida y gozo y sabiduría.

92. También estáis ahora mismo, Dios mío, cuando me recojo con Vos y vivo para Vos en la tierra, haciéndome participante de Vos mismo, no en gloria, no en dicha, no en sentimientos de afecto y ternura, como yo quisiera, pero sí en la realidad, de modo misterioso y escondido por la gracia sobrenatural. Que la gracia es participación vuestra en el alma y comunicación de amor vuestro. Vos estáis en mi alma, dándola vida y hermosura; Vos estáis renovando mi alma, estáis sobrenaturalizándola y transformándomela en amor vuestro de un modo tan delicado y alto que yo no sólo no puedo ver, pero ni aun comprender.

Cuando siento dolores y angustias de sequedad, de pruebas, de tentaciones, de enfermedades, hasta de desconfianzas en el Señor, es cuando Dios está obrando más delicada y amorosamente en mi alma. Me está labrando; me está preparando y transformando. Está sembrando en mí. Puedo figurarme algo de esto por lo mismo que yo hago cuando realizo una obra material. Lo primero ejecuto un efecto que pudiera llamar doloroso y de destrucción en el objeto que trabajo. Voy a transformarle para mejorarle y deshago las formas que actualmente